

A

Manila Manila

PQ2254

.P8

S6

888  
f815p



1020016655

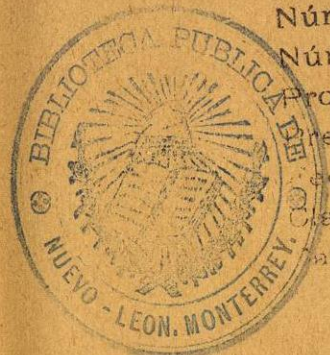
86-3

8 # 8 C # 192

84-3

Reserved

Núm. Clas. 848.8  
Núm. Autor F8156  
Núm. Adg. 30098  
Procedencia -5  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó 64  
Catalogó \_\_\_\_\_



**EL POZO DE SANTA CLARA**

**VENDESE EN LA**  
**Librería General**  
**DANIEL MONTERO.**  
Apartado 256. Comercio 21. Teléfono 789.  
**MONTERREY, N. L.**



BIBLIOTECA

ANATOLE FRANCE

DE LA ACADEMIA FRANCESA

# EL POZO DE SANTA CLARA

TRADUCCIÓN DE



M. CIGES APARICIO

ACERVO DE LITERATURA  
112674

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

•EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS•

1906

30098



BIBLIOTECA

PQ 2254  
P8  
S6

Propiedad exclusiva y registrada. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.—Teléfono núm. 1.977.

## EL POZO DE SANTA CLARA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

PRÓLOGO "ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL R. P. ADONE DONI

*Τὰ γὰρ φυσικὰ, καὶ τὰ ἠθικὰ,  
ἀλλὰ καὶ τὰ μαθηματικὰ, καὶ τοὺς  
ἐγκυκλίους λόγους, καὶ περὶ  
τέχνων πᾶσαν εἶχεν ἐμπειρίαν.*

*(Laert. IX, 37)*

Me encontraba en Siena, durante la primavera. Ocupado todo el día haciendo minuciosas investigaciones en los archivos de la ciudad, iba a pasearme por la tarde, después de comer, por el agreste camino del Monte Oliveto, donde a la hora del crepúsculo grandes bueyes blancos uncidos arrastraban, como en tiempos del viejo Evandro, un rústico carro de plenas ruedas. Las campanas de la ciudad plañían la muerte tranquila del día; y la púrpura de la tarde descendía con majestad melancólica sobre la baja cadena de las colinas. Cuando ya los negros escuadrones

de las cornejas habían asaltado las murallas, un gavián, solitario en el cielo de ópalo, giraba con las alas inmóviles sobre una encina aislada.

Y proseguía adelante, circundado del silencio, de la soledad y de los dulces terrores que se agitantaban ante mí. La marea de la noche envolvía insensiblemente el campo. La mirada infinita de las estrellas parpadeaba en el cielo. Y en las sombras, las moscas de luz hacían palpitar sobre los matorrales su luz amorosa.

Estas chispas animadas cubren por las noches de Mayo toda la campiña de Roma, de la Umbría y de la Toscana. Yo las había visto antaño sobre la vía Apia, en torno de la tumba de Cecilia Metela, donde hace dos mil años que vienen á danzar. Encontrábalas en la tierra de Santa Catalina y de la Pía, d'Tolomei, á las puertas de esta ciudad de Siena, dolorosa y amable. A todo lo largo de mi camino vibraban entre las hierbas y los arbustos, se rondaban, y en ocasiones, como respondiendo á la apelación del deseo, trazaban sobre el camino el arco inflamado de su vuelo.

Durante estas noches transparentes sólo encontraba en el blanco camino al R. P. Adone Doni, que, como yo, trabajaba todo el día en la antigua Academia *degli Intronati*. Desde el primer momento amé á este franciscano que, encanecido en el estudio, conservaba el humor risueño y jovial de un ignorante. Hablaba con espon-

taneidad. Yo gustaba su parla suave, su hermoso estilo, su pensar docto é ingenuo, su aire de viejo sileno purificado por las aguas bautismales, su instinto mimoso y delicado, el juego de sus pasiones vivas y sutiles, el genio encantador y extraño de que estaba poseído. Asiduo á la biblioteca, también concurría al mercado, deteniéndose con preferencia ante los «contadinos», que vendían manzanas como el oro, y prestando atento oído á los libres regateos. De ellos aprendía, según me dijo, la hermosa lengua toscana.

De su vida que celaba, sólo sabía yo que, nacido en Viterbo de noble y arruinada familia, estudió Humanidades y Teología en Roma; que ingresó joven entre los franciscanos de Asís, en cuyos archivos estudiaba, y que tuvo querellas por materias de fe con sus superiores eclesiásticos. Hasta me pareció observar, en efecto, que profesaba opiniones peregrinas. Poseía religión y ciencia, pero no sin algo de inaudito y chocante. Creía en Dios por testimonio de la Escritura y según la doctrina de la Iglesia, pero se burlaba de los meros filósofos que creían en Él por sí mismos, sin considerarse obligados. En esto no rebasaba la ortodoxia. Era sobre el diablo á propósito de quien profesaba raras opiniones. Creía que el diablo era malo sin serlo absolutamente, y que su imperfección natural le impediría por siempre llegar á la perfección de la maldad. También

creía presentir algunos signos de bondad en las acciones obscuras de Satán, y, sin atreverse á decirlo muy alto, auguraba la redención final del arcángel meditativo allende la consumación de los siglos.

Estas singularidades de pensamiento y de humor que le habían sustraído al mundo y lanzado en la soledad, eran para mí motivo de distracción. El R. P. Adone Doni poseía gran talento y gracia. Faltábale solamente el sentido de lo ordinario y común. Vivía entre las imágenes de lo pasado y los ensueños de lo porvenir. La noción del tiempo presente érale en absoluto extraña. Sus ideas políticas procedían á la vez de la antigua Santa María de los Angeles y de los conciliábulos revolucionarios de Londres. Eran las de un socialista cristiano; pero él no les era excesivamente adicto. Despreciaba en demasía á la razón humana para hacer mucho caso de sus concepciones. La gobernación de los Estados antojábasele una inmensa bufonada que le hacía reir sin estrépito, decentemente, como hombre de buen gusto. Algo le sorprendían los jueces civiles y criminales. A los militares contemplábalos con indulgencia filosófica. Pronto descubrí en él contradicciones flagrantes.

Con toda la caridad de su corazón invocaba la paz universal. Pero también le gustaba la guerra civil y tenía en alta estima á Farinata degli Uber-

ti, que amó con sobrada pasión á su ciudad de Florencia para inducir la, por la violencia y el engaño y aun ensangrentando el Arbia con sangre florentina, á querer y pensar lo mismo que él quería y pensaba. Sin embargo, el R. P. Adone Doni era un dulce ensoñador. Confiaba en la autoridad espiritual de la Santa Sede para establecer en este mundo el reino de Dios. Imaginaba que el Paráclito conducía á los papas por un camino de ellos mismos ignorado. Así, sólo tenía palabras respetuosas para el Cordero rugiente de Sinigaglia y para el Aguila concordataria de Carpineto. Así designaba comúnmente á Pío IX y á León XIII.

Aunque la charla del R. P. Adone Doni me era particularmente grata, por respeto á su libertad y á la mía propia tenía yo buen cuidado de no rendirle en la ciudad solicitudes muy asiduas. Por su parte, observaba conmigo discreción exquisita. Pero cuando íbamos de paseo sabíamos encontrarnos como por casualidad. A una media legua de la Puerta Romana el camino se bifurca entre dos sombríos oteros erizados de tristes malezas. Al pie de la vertiente arcillosa de la colina septentrional, y al lado del camino, un pozo enjuto erige su ligero pabellón de hierro. Allí es donde casi todas las tardes encontraba al R. P. Adone Doni. Sentado en el brocal, ocultas las manos en las anchas mangas de su hábito, contemplaba con apa-



cible admiración las cosas que pueblan la noche. Y la sombra que le circundaba aún permitía adivinar en sus claros ojos y en su roma faz la expresión de audaz timidez y gracia mofadora que se le había profundamente impreso. Al principio cambiábamos frases solemnes de bienvenida, de paz y de contento. Yo me acomodaba junto á él sentándome en el viejo brocal de piedra, que aún conservaba algunos vestigios escultóricos. A plena luz se distinguía una figura con cabeza más voluminosa que el cuerpo, representando un ángel, á inferir de sus alas.

El R. P. Adone Doni nunca dejaba de saludarme:

—*Signore*, sea bienvenido al pozo de Santa Clara.

Una tarde le pregunté por qué razón este pozo ostentaba el nombre de la preferida de San Francisco. El me dijo que á causa de un milagrillo graciosísimo que, desgraciadamente, no lo habían admitido en la colección de las *Fioretti*. Yo le rogué que me lo contase. Lo hizo en estos términos:

—Por los tiempos en que el siervo de Jesucristo, Francisco, hijo de Bernardone, iba por los pueblos enseñando la santa simplicidad y el amor, visitó á Siena, acompañado del hermano León, que tanto amaba. Pero los sieneses, avaros y crueles, verdaderos hijos de la Loba, cuya leche se

energullecían de haber mamado, no dispensaron propicia acogida al santo, que les recomendaba dar asilo en su casa á dos damas admirablemente bellas, la Pobreza y la Obediencia. Cubriéndole de ultrajes é irrisiones, le expulsaron de la ciudad. Salió de noche por la Puerta Romana. El hermano León, que marchaba á su vera, le dijo:

»—Los sieneses han escrito sobre las puertas de la ciudad: «Siena os abre su corazón, más grande que sus puertas.» Sin embargo, hermano Francisco, esos hombres nos han cerrado su corazón.

»Y Francisco, hijo de Bernardone, respondió:

»—La culpa es mía, no lo dudes, hermano León, corderillo de Dios. No he sabido llamar á la puerta de esos corazones con bastante habilidad y fuerza. Yo soy muy inferior á aquellos hombres que hacen bailar á un oso en la plaza de la ciudad. Ellos atraen abundante concurso exhibiendo al pesado animal, y yo, que mostraba señoras de celeste hermosura, no he podido atraer á nadie. Hermano León, yo te ordeno por la santa obediencia, que me digas: «Hermano Francisco, eres un pobre hombre sin pizca de mérito, desmairado y verdaderamente pernicioso.»

»Y mientras que el hermano León difería de obedecer, el santo hombre se acongojaba interiormente. A lo largo del negro camino representábasele á la dulce Asís, donde había dejado á

sus hijos, según el espíritu, y á Clara, la hija de su alma. Sabía que Clara estaba expuesta á grandes tribulaciones por el amor de la santa pobreza. Y dudaba si su hija bienamada no estaría enferma del cuerpo y del alma y desviada de las buenas intenciones en la casa de San Damián.

»Estas dudas le abrumaban con tal peso que, llegado al punto en que el camino se bifurca entre las dos colinas, perecía que á cada paso sus piernas se abismaban en la tierra. Dirigióse á este pozo que entonces estaba reciente y hermosamente hecho, lleno de límpida agua, y cayó sin fuerzas en el brocal, donde ahora mismo nos vemos sentados. El hombre de Dios permaneció largo trecho inclinado sobre la boca del pozo. Luego elevó la cabeza, y dijo gozosamente al hermano León:

»—¿Qué crees, hermano León, cordero de Dios, que he visto en este pozo?

»El hermano León, respondió:

»—Hermano Francisco, has visto en ese pozo á la luna que se refleja.

»—Hermano mío, replicó el santo de Dios, no he visto en el pozo á nuestra hermana la luna; por la gracia adorable del Señor, he visto el verdadero rostro de la hermana Clara, y tan puro y tan resplandeciente de santa alegría, que todas mis dudas se han desvanecido fugaces. Y se me ha hecho manifiesto que nuestra hermana goza

en esta hora del pleno contento que Dios otorga á sus preferidas, colmándolas con los tesoros de la pobreza.

»Habiendo así hablado, el buen San Francisco bebió en el cuenco de su mano algunas gotas de agua, y se irguió fortalecido.

»Por eso se ha dado á este pozo el nombre de Santa Clara.»

Tal fué el relato del R. P. Adone Doni.

Todas las tardes encontraba al amable franciscano sentado en el brocal del místico pozo. Yo me colocaba á su lado y me narraba alguna historia de él sólo sabida. Y las sabía admirables. Mejor que nadie conocía las antigüedades de su país, que se reanimaban y remozaban en su cerebro como en una interna y espiritual Juvencia. Frescas imágenes fluían abundantemente de sus labios sutiles. Mientras decía, la luz de la luna se filtraba por su barba como argénteos arroyuelos. El grillo acompañaba con la resonancia de sus élitros la voz del narrador, y á los sonos de esta boca, que emitía los más suaves del habla humana, respondía á veces la queja aflautada del sapo que, al otro lado del camino, escuchaba amistoso y tímido.

Al comedar Junio abandoné á Siena. Desde entonces no he vuelto á ver al R. P. Adone Doni, que persiste en mi memoria como una figura de ensueño. Yo he puesto por escrito los cuentos que

me narró en el camino de Monte Oliveto. En el presente libro podrán encontrarse. Redactándolos, desearía conservar algunos vislumbres de la gracia que tenían junto al Pozo de Santa Clara.



*A Alfonso Daudet.*

## I

## SAN SATIRO

*Censors paterni luminis,  
Lux ipse lucis et dies,  
Noctem canendo rumpimus:  
Assiste postulantis.*

*Aufer tenebras mentium;  
Fuga catervas dæmonum;  
Expelle somnolentiam,  
Ne pigritantes obruat.*

*(Breviarium romanum.  
Feria tertia; ad matutinum.)*

Por su humildad habíase elevado fra Mino sobre sus hermanos; y, todavía joven, gobernaba sabiamente el monasterio de Santa-Fiora. Era piadoso. Complacíase en prolongar sus rezos y meditaciones; á veces caía en éxtasis. A ejemplo de San Francisco, su padre espiritual, componía canciones en lengua vulgar sobre el amor perfecto, que es el amor de Dios. Y estas obras no pecaban por la medida ni por el sentido, pues había estudiado las siete artes liberales en la Universidad de Bolonia.